

Jerte ante la invasión napoleónica



AS tropas francesas de Napoleón llegaron a este Valle por la parte norte, es decir, por la provincia de Avila el año 1808.

Y los jerteños organizaron la defensa formando sus tropas con voluntarios, alistándose todos los hombres útiles y hasta niños.

Dirigió la parte militar el coronel Golfín, siendo valiosos auxiliares suyos el entonces cura párroco de Jerte, el doctor en teología don Félix Caleyá, el cura Caleyá, como cariñosamente se le llama en Jerte, y el entonces alcalde de la Villa, Francisco Carrión y un comandante, que debió ser ayudante de Golfín, don Diego Aragóné.

En el Puente Becedas, que está sobre la garganta de tal nombre, a mitad de camino entre Tornavacas y Jerte, fue el choque entre los franceses que venían por puerto de Tornavacas y los jerteños.

Los valientes españoles se defendieron bien y con arrojo, hicieron bajas entre los franceses, pero como el ejército invasor era más numeroso, lograron llegar a Jerte y en venganza quemaron y arrasaron el pueblo, no quedando en pie más que el edificio de la Iglesia Parroquial, que, por cierto hacia unos diez o doce años lo habían reconstruido y hecho mayor sobre una Iglesia más pequeña que existía. Quedaron otras cuatro o cinco casas más que resistieron el embate, casas que aún se conservan.

A los de Jerte no les dio tiempo más que a esconder la imagen del bendito Cristo del Amparo, que se cree que a instancias del Cu-

ra Caleyá antes de salir a la batalla del Puente Becedas, le escondieron en una cueva del monte Reboldano, sitio que se llama el cerrito de la Miranda.

Y los jerteños tuvieron que huir al referido monte Reboldo.

Se cree que los franceses pasaron por donde estaba el Bendito Cristo escondido y que se acercaron y al ver la imagen quedaron atemorizados y no se atrevieron ni a tocarla.

El incendio del pueblo por los franceses ocurrió el 21 de Agosto de 1809. Después se dio en el Valle la batalla de El Torno y quedó el Valle libre de invasores.

Y al volver a su pueblo los jerteños se encontraron sus hogares derruidos, las cosechas de vinos y legumbres agotadas y a fuerza de trabajos y apuros lograron reconstruir las casas para poder habitarlas cuanto antes, puesto que empezaba la otoñada y desde luego los campos estaban arrasados y no se pudo cosechar el vino aquel año.

En esto, el rey Fernando VII puso a Jerte una fuerte contribución para subsanar gastos de guerra y entonces se reunió el Cabildo Municipal y aún se conserva el original de los acuerdos que tomaron con la firma de los ediles, que parece como si fuese en esta época porque figuran nombres de señores que hoy viven y que serán descendientes de aquéllos.

Intervino en la redacción del documento el Cura Caleyá y tiene una frase fuerte y gráfica que dice: «...ni Rey, ni Roque puede hacer pagar a un pueblo que no existe porque ha sido arrasado por los invasores». Además Caleyá se procuró certificados de los Ayuntamientos circunvecinos, como Puerto Castilla y Solana, de la provincia de Avila, y ya de Cáceres, Tornavacas y Cabezuela, sobre el comportamiento de los jerteños y sobre el estado de destrucción en que quedó el pueblo.

Así se logró que el Rey eximiese a Jerte de tan fuerte pago, pues Caleyá sacó estadística detallada, que demostró, del vino que se estropeó, que era la principal cosecha del pueblo, de las casas y enseres destruidos y del destrozo de las fincas.

Y lo maravilloso de Jerte y sus habitan es, es que en el año 1809, quedó totalmente derruido en casas y producciones, y en el año 1890, ya estaba otra vez floreciente y con fábricas de aserrar maderas, lagares de molturación de aceitunas y fábricas de curtidos de pieles.

Y así continuó hasta los finales del decenio de los años cincuenta de este siglo, en que empezó la emigración masiva, que se calcula que habrán emigrado del pueblo unos ochocientos jerteños. Ahora desde hace unos años ha parado la emigración.

Isabel ALIA PAZOS

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanicismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA» -:- Cáceres

Flores y jardines

por Enrique SEGURA

SE adelantará o no, como este año; pero siempre llega la novia primavera. El camino asfaltado de Badajoz a Valverde de Leganés: olivos, encinas y alcornoques, asciende entre pinos, como algo singular que nos deja en el Pantano de Piedra Aguda. Espejo rodeado de millares de eucaliptus meciéndose en los aires o rectos como lanzas. Al fondo del paisaje, se columbra la albura de un cortijo.

Sigue subiendo este camino hasta Olivenza y al iniciarse el descenso, se abre todo el campo como un abanico japonés: un cielo casi redondo cubriendo a la derecha sembrados y caseríos como palomas; a la izquierda la línea del horizonte lusitano donde asoma Elvas. Al fondo de tanto verdor, se divisa la línea clara de nuestra ciudad.

De ida y vuelta es un paseo en coche de 50 a 60 kilómetros que visitamos con mucha frecuencia. Un amigo gracioso nos dice que estamos «empantanados».

Bajo los encinares floreados de claros y menudos candelabros, aparecen manchas de tomillos morados, canongiles. Por las cunetas, pequeñas margaritas, algún lirio y matojos de retamas, de un fuerte amarillo, alternando a veces, en las orillas de guaperos blancos y llamativos como novias en el altar.

Pero no hay necesidad de estos viajes de primavera. Tenemos muchos jardines en Badajoz: en la Alcazaba, en el Auditorio en Castelar, y sobre todo en el parque de La Legión, cargado de arboleda y